

EJEMPLOS REALES DE VIDAS SANADAS POR EL PODER DE JESÚS



ÁLVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

Para muchas personas Jesús es simplemente un ser humano del pasado, cuya historia ya terminó. Se equivocan. Jesús, nuestro Dios, sigue vivo. Él nos dice: *No temas; Yo soy el Primero y el Último, el Viviente; estuve muerto, pero ya ves: vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo (Apocalipsis 1, 17-18)*. Por este motivo sigue obrando maravillas de sanación en nuestras vidas. Los siguientes ejemplos -todos reales- son una confirmación de esta verdad.

Un hombre tenía auténtica aversión a los huevos o a cualquier producto que llevara huevo. Suponía que era una alergia. Rezando profundamente al Señor descubrió la raíz verdadera de su problema: todo nació en su infancia. Siendo muy niño vio a una gallina poniendo un huevo. Su mente infantil no fue capaz de aceptar que algo tan delicioso como un huevo saliera de la parte de atrás de la gallina, junto con su secreción, que era sucia y despedía peste. Desde entonces su actitud hacia los huevos fue negativa. Pidió al Señor en una oración profunda ser sanado y así ocurrió. Desde ese momento pudo volver a comer, sin ningún tipo de repugnancia ni reacción negativa de su cuerpo, huevos o cualquier producto hecho con ellos.

*

Una señora quiso hablar con un sacerdote a causa de la extraña enfermedad que aquejaba a su hija: sufría unos ataques muy raros. Frecuentemente se desmayaba y se

contorsionaba como si tuviera epilepsia. Por este motivo había dejado sus estudios. Visitaron varios médicos sin resultado alguno. Fueron con psicólogos y no hubo mejoría. Incluso fueron a ver brujos y magos. Creyeron finalmente que la joven debía estar poseída por el demonio y fueron a un sacerdote a solicitar un exorcismo. Gracias a Dios dieron con un sacerdote experto en el conocimiento del poder sanador de Dios. Antes de atribuir lo que pasaba a la acción demoníaca el sacerdote intentó hablar con la chica. Ella mantenía silencio ante todas sus preguntas. En un clima de oración el sacerdote fue iluminado sobre la raíz del problema: Dios le inspiró que todo se debía a un aborto. Él, entonces, preguntó a la chica: “¿Has tenido algo que ver con un aborto?”. La joven se sorprendió muchísimo: “¿Quién se lo ha dicho?”. Luego contó su historia: había tenido relaciones con su novio quedando embarazada. Siendo de una familia muy reconocida tuvo mucho miedo y decidió abortar. Pero la carga de su pecado se hizo insoportable y salió en forma de desmayos y ataques extraños. Dejó que Dios sanara su profunda herida, oró, se arrepintió, se confesó.. y nunca más sufrió esos ataques.

*

Los comentarios negativos de los padres hacia sus hijos pueden causar heridas emocionales que pueden alterar toda su vida. Una madre dijo a su hija cuando era pequeña: “Tu no eres ni niño ni niña”. Más adelante esta chica tuvo problemas emocionales y sexuales. A pesar de ser una mujer dudaba sobre su identidad sexual, y tenía mucha confusión. Era

incapaz de aceptar la idea de casarse con un hombre debido a estas dudas. Orando profundamente al Señor y confiando plenamente en su poder experimentó una profunda sanación en todo su ser: el Señor curó de raíz esta herida. Después pudo casarse y no volvió a tener jamás dudas sobre sí misma.



En cierta ocasión un padre dijo a su hijo: “Tu no eres mi hijo, sino que te he comprado en el mercado”. Aunque era mentira el niño desarrolló en su interior una fuerte crisis de identidad. Desde entonces era incapaz de aceptar a su hermano, su hermana, sus padres... Esta herida le llevo a una vida en soledad y rechazo, creando muchos malos hábitos durante su juventud. Había pensado en suicidarse cuando aceptó participar en una oración de sanación a la que fue invitado. En ella, orando profundamente, Dios sanó todas sus heridas y trasformó su vida en una vida nueva, curando su interior. Desde entonces fue feliz.



Un hombre se confesaba siempre de lo mismo: criticaba y hablaba mal de los sacerdotes. Por más resoluciones que tomara a los pocos días de confesarse volvía a recaer en el mismo pecado. Un día Dios le iluminó sobre la raíz de su pecado: las heridas y experiencias negativas que recibió de algunos sacerdotes en su colegio y parroquia estaban en el subconsciente de su mente. El Señor le dio la gracia de

perdonar a aquellos sacerdotes que le habían ofendido, sanando su mente y sus recuerdos. Desde entonces no volvió a criticarlos. Más bien tuvo una nueva actitud: quererlos, comprenderlos, compadecerlos y rezar por ellos aún cuando viese algo negativo en su conducta.



Un par de chicas jóvenes, creyentes y practicantes, se acercaron a un retiro para aconsejarse con el sacerdote que lo dirigía. Resulta que eran lesbianas y se habían casado. El sacerdote quedó asombrado -pues eran chicas muy jóvenes y practicantes de la fe cristiana- y les preguntó cómo es que se podían haber casado. Una de ellas se justificó: “Si una mujer puede casarse con un hombre, ¿por qué no se puede casar con una mujer? Es su libertad y su derecho.” Ya que habían venido a pedir consejo el sacerdote decidió ser claras con ellas: tomó la Biblia y les fue explicando con textos de diferentes libros sagrados como Dios creó al ser humano como hombre y como mujer, ambos a su imagen y semejanza, y que la sexualidad -don precioso del Señor- fue creada para la complementariedad masculina y femenina, así como el matrimonio. Cuando terminó su explicación las jóvenes lloraban. “¿Estamos en pecado?”, preguntaron. “Sí” fue la respuesta. Pero ellas replicaban: “Padre, Dios nos creó lesbianas; por eso Él es responsable de nuestro comportamiento”. El sacerdote les explicó que todos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y por lo tanto las desfiguraciones se deben a nuestras faltas. Entonces una de

ellas relató su historia: “Yo nací en una familia destrozada. En mi familia ha habido muchos divorcios y separaciones... Yo nunca he visto a mi padre, porque él abandonó a mi madre cuando yo estaba en su vientre. Nunca he tenido la oportunidad de disfrutar el amor de un padre. Cuando tenía año y medio, mi madre se casó otra vez, y tuve que sufrir por parte de ambos muchas discriminaciones, especialmente cuando vinieron al mundo otros dos niños. El abusó de mí sexualmente cuando tenía siete años. Desde entonces he odiado el sexo. Más adelante fui abusada por varios de mis primos y dos de mis tíos. Con todo lo ocurrido, ya en mi adolescencia, odiaba por completo a los hombres... al finalizar mis estudios en el internado del colegio, me sentí atraída por chicas de mi edad, y empecé a disfrutar el tener sexo con ellas. Sentía una fuerte urgencia de sexo, y satisfacía mis sentimientos y urgencias sexuales con comportamientos lesbianos. Sabía que estaba haciendo algo equivocado. No podía dormir por la noche, me estaba volviendo loca. Muchas veces pensé en poner fin a mi vida. Fui a un consejero y viendo mi fuerte tendencia lesbiana, me dijo que no me preocupara, porque había nacido lesbiana. Aunque su consejo me consoló, mi conciencia no estaba en paz. Así que fui a un sacerdote, que también me confirmó que Dios me había creado lesbiana, que no me preocupara, y que no mencionara mi conducta lesbiana en las confesiones. El veredicto del sacerdote me dio licencia total para continuar como lesbiana, y me animó a casarme por lo civil con mi amiga en un matrimonio lesbiano”. La historia de la otra chica era también parecida.

Sus vidas habían sido heridas y deformadas por su situación familiar y demás hechos terribles como los abusos. Tuvieron, además, la mala suerte de encontrarse con personas que les confirmaron que no pasaba nada. La sociedad actual tiene una especial oscuridad para reconocer la homosexualidad como un comportamiento desviado. La presión es tan fuerte que numerosos médicos, psicólogos, consejeros e incluso ¡sacerdotes! cuando se encuentra una persona así las reafirma en su conducta.

Las chicas, libremente, quisieron orar a Dios por la sanación de tantas heridas recibidas. También quisieron que el sacerdote rezará por ellas. Gracias a la oración recibieron la gracia de poder perdonar a todas las personas que las habían dañado, porque eso todavía estaba ahí. Al finalizar su experiencia de sanación recibieron una nueva vida. Cuatro años después una de las chicas visitó al sacerdote: estaba totalmente cambiada. Se había casado con un chico y había tenido un hijo. Daba gracias al Señor por haber transformado su vida y haberla llevado a la felicidad de un matrimonio y una maternidad según la voluntad divina. La otra chica, por aquel entonces, se había también comprometido con un hombre y estaba a punto de casarse.

*

Los complejos de inferioridad pueden causar muchos problemas en la vida de una persona. Poder reconocer el

complejo y saber cuándo y por qué se originó ayuda mucho a su curación. Dios nos ayuda mediante la sanación en este proceso.

Un sacerdote nacido en la India sufría un terrible complejo: le costaba muchísimo presentarse en público para dar la homilía. No podía mirar a la gente a la cara. Pensaba que nadie le apreciaba o le quería. Tenía miedo de aparecer delante de otros, o relacionarse con otros. Como sacerdote en el púlpito era un auténtico fracaso. No podía tampoco mirarse al espejo porque se avergonzaba de su figura y con frecuencia -no sabía por qué- se frotaba contra la pared. Mientras rezaba profundamente Dios le hizo descubrir el origen de sus complejos. Cuando era pequeño le llamaban “gordito” porque estaba relleno. Asimismo le llamaban “negrito” porque su piel era oscura. Aquellos insultos golpearon fuertemente su autoestima y le llevaron al complejo de pensar que todos le rechazaban y se reían de él. Por eso tenía tantas dificultades para aparecer en público y por eso le costaba tanto mirarse al espejo: no se quería a si mismo. Se frotaba contra las paredes en un acto inconsciente por intentar adelgazar.

Conocida la causa de su complejo se dejó curar por Dios en una profunda oración de sanación que eliminó su complejo. Desde entonces fue feliz en su sacerdocio y acabó convirtiéndose en un ministro que hablaba ante miles y miles de personas lleno de alegría y sin ninguna dificultad.

*

Los niños que no son recibidos con amor y aceptación por parte de sus padres arrastran terribles heridas. Unos padres que no expresan su amor hacia sus hijos acariciándolos, abrazándolos, sentándolos en sus rodillas, llevándolos sobre los hombros, etc... los hacen sentir desamor y rechazo, especialmente cuando ven a otros padres demostrando amor y afecto a sus hijos. Sonia había sido cuidada solo por su tía. Veía a sus padres de vez en cuando; incluso entonces ellos no le expresaban ningún tipo de amor. Como ella era diferente al resto de sus hermanos llegó a pensar que era adoptada. Esta herida de rechazo y no sentirse querida por sus padres generó anormalidades en su comportamiento desde pequeña. Esto se trasladó a su cuerpo en forma de un dolor de estómago frecuente, enfermedades en la piel y mojar la cama. Asimismo se hacía daño a sí misma con objetos metálicos -la autolesión es muy frecuente en jóvenes que tienen heridas de autoestima-. Era melancólica, tímida y asustadiza. En una profunda oración de sanación Dios la curó de todos estos síntomas y pudo llevar, desde entonces, una vida normal y feliz. Agradecida al Señor se convirtió en una persona que predicaba la Palabra de Dios por todas partes, narrando sus maravillas.

*

John tenía veintiún años y había decidido matar a su padre. Su padre -que había pertenecido al ejército- era muy estricto con su mujer y sus hijos. Solía castigarlos injustamente. Los acusaba falsamente y les pegaba

cruelmente. Su conducta moral no era buena: era alcohólico. Cuando John tomaba iniciativas su padre lo desanimaba y le encontraba faltas. Su madre también caía en ese juego - quizás buscando su atención-: después de haberle dado permiso para hacer algo acostumbraba a negárselo cuando él lo iba a hacer, generando frustración en su interior. Todo esto le llevó a planear el asesinato de sus propios padres. Antes decidió participar en un retiro de sanación. Dios tocó profundamente su corazón y descubrió todas las heridas que le habían llevado a tomar la terrible decisión. El Señor curó su corazón de todo el resentimiento que albergaba y John fue capaz de perdonar a sus padres. Había llevado la pistola con la que iba a matarlos al retiro. Se le dejó allí al sacerdote que dirigía el retiro. Luego fue a su casa y de rodillas ante sus padres les contó lo que planeaba hacer y les pidió perdón. Ellos también fueron alcanzados por el poder de Dios: entre lágrimas también reconocieron sus errores. Dios sanó a toda la familia que pasó de una posible tragedia a una nueva vida de amor y reconciliación. Este es el poder de Dios sanador.



Rocío había nacido y crecido en una buena familia, de valores religiosos. Siendo adolescente se enamoró de un joven que con el tiempo solicitó tener relaciones sexuales con ella. No estaba dispuesta –pues se oponía a los valores que le habían enseñado en su familia- pero el joven la convenció prometiéndole que se casaría con ella. La joven accedió. Desde entonces su vida moral se derrumbó. Acabó

teniendo dos abortos -pues en sus relaciones quedó por dos veces embarazada- y finalmente el joven la dejó para casarse con otra. Rocío quedó tan herida que intentó suicidarse dos veces, sin éxito. Luego planeó otra cosa: compró un cuchillo y una pistola y se dedicó a seducir a hombres jóvenes con la intención de matarlos. Ella era muy encantadora y bella. Pretendiendo amar, ella se acercaba a los jóvenes y les animaba a tener relaciones sexuales en un hotel o apartamento, donde luego los mataba. Así había asesinado a doce hombres. Fue arrestada y condenada a cadena perpetua. Durante unos días de libertad condicional participó en un retiro de sanación. Dios la curó de todas sus heridas y le dio una vida nueva. Desde entonces se esforzó tanto en rehabilitarse que pudo, años después, salir de la cárcel. Fundó una comunidad de chicas jóvenes que efectúan diversos trabajos sociales: visitar presos, enfermos, etc.... Donde había muerte y destrucción Dios sacó vida y misericordia.

*

Claudia vivía en Viena, Austria. Era creyente y practicante hasta que se divorció de su esposo José. Desde entonces abandonó todas las prácticas religiosas. Ella sufría por un terrible rencor hacia su marido, al que culpaba de todos sus males. Como venganza empezó a jugar el rol de prostituta y lesbiana, cayendo muy, muy bajo. Solía tomar drogas y emborracharse con chicos y chicas para después tener sexo con ellos. Tuvo tres abortos. Su conciencia estaba endurecida. Fue a un retiro de sanación en 1999 sólo por divertirse. Pero Dios la esperaba para sanarla. En el retiro ella descubrió que

la causa de la ruptura con su marido era por culpa suya. Ella buscaba el amor de un padre, no de un marido, pues nunca había tenido el amor de un padre ya que nunca lo conoció -su padre se había divorciado de su madre cuando ella estaba en el vientre materno, durante el embarazo-. Ella exigía al esposo cosas raras, sobre todo en el terreno de la sexualidad, donde demandaba demasiado y además lo forzaba a varias formas de comportamiento sexual anormal que él no deseaba. Al mismo tiempo era infantil y quería sentarse sobre sus rodillas y jugar como una niña. Estas rarezas unidas a su carácter gruñón hicieron que su esposo, que era todo un caballero, quedara frustrado. Empezó a beber. Desde entonces se peleaban con frecuencia. Al final ella tomó la iniciativa del divorcio. Durante su sanación Dios tocó su corazón y le dio una nueva manera de enfocar el problema. El último día del retiro ella llamó a su esposo y le pidió perdón por todo. Asimismo paró el proceso de divorcio. Luego ambos participaron juntos en una oración de sanación. Su matrimonio fue curado por el Señor. Ahora tienen una vida familiar feliz, incluida una hermosa niña fruto de su amor. Rezan juntos y van a la Santa Misa todos los días. Todos los meses envían parte de su sueldo a un orfanato, además de ayudar en otros lugares. Les gusta contar su historia para testimoniar el poder de Dios.

*

Un sacerdote estaba predicando un retiro y hablando del amor de Dios cuando una mujer llamada Brigit se levantó de su silla y dijo: “No hay Dios, ¿por qué hablas entonces de su

amor?”. Más tarde, ya a solas, la mujer le comentó: “..en el caso que Dios exista, Él es un Dios malvado”. Y le contó su historia: “Yo fui una huérfana abandonada en la calle por mis padres, y unas religiosas me recogieron y me criaron en su orfanato. Cuando estuve en el orfanato, me sentía sola y rechazada, y a menudo pensé en acabar con mi vida. Cada vez que veía a los padres expresando su amor a sus propios hijos, ya sea con un abrazo, beso o regalos, yo solía quejarme de mi mala vida, porque estaba sin el amor de mis padres y sin su atención. Yo siempre tuve hambre y sed de un amor y atención real, los cuales no pude tener. Yo sabía que mis padres me habían abandonado, porque yo nací fuera del matrimonio. Sentí mucha cólera contra mis padres desconocidos, que ahora debían estar casados y viviendo una vida feliz con sus hijos. Sentí odio y celos contra aquellos que vivían una buena vida matrimonial. En mi temprana adolescencia, empecé con el hábito de la masturbación, aunque yo sabía que era pecado. Yo siempre sentía culpa dentro de mi corazón, a pesar de las muchas oraciones, y de que asistía a la Santa Misa todos los días. Después de mis estudios, cuando las religiosas me propusieron una alianza matrimonial, yo no podía aceptar la idea de casarme y dije, “¿qué es un matrimonio?: vivir juntos, procrear hijos y abandonarlos en la calle”. Mi mente herida, corrompida y con prejuicios no podía imaginar nada optimista en la vida. Al final, consentí casarme con un hombre quien tenía muy buen carácter. Él me amó no sólo como un esposo, sino también como un padre y un hermano. Él me estaba dando todo el amor que yo carecí en el pasado. Pero

fui desafortunada, y no tuve su amor durante mucho tiempo. Él murió en un accidente de autobús, justo cuando yo estaba embarazada. Aterrorizada, le grité a Dios: “¿Por qué tú, Dios malvado, te has tenido que llevar a mi esposo, que era todo para mí?”. Entonces decidí suicidarme; corrí al borde del mar para trepar las rocas y saltar desde lo más alto. Cuando estaba sentada sobre los riscos, un pensamiento vino a mi corazón: si yo terminaba con mi vida estaría matando a un indefenso e inocente en mi vientre, el fruto del amor entre mi esposo y yo. Así pues tomé la decisión de no suicidarme, y continuar viviendo por el niño que llevaba en el vientre, pero sin Dios. Di a luz un niño. No lo bauticé, ni le enseñé nada sobre Dios. Desde que perdí a mi esposo, perdí la fe, dejé de rezar o de ir a la Iglesia. Yo no podía creer en un Dios que es cruel. Ahora mi hijo tiene diecisiete años. Yo he venido a este retiro porque alguien me dijo que yo me sanaría del asma, dolor de espalda e irritaciones en la piel”.

Durante el retiro Dios empezó a trabajar en la sanación de su corazón. Ella aprendió que Dios la amaba, que vino a salvarla, que el Señor se hubiera hecho hombre y hubiera muerto por ella aunque hubiera sido la única persona sobre la faz de la tierra. Su sanación incluyó una confesión completa de toda su vida y poder recibir la comunión nuevamente tras diecisiete años. Dios sanó su vida de todas las heridas que la impedían ser feliz. Bautizó a su hijo y ambos empezaron una vida de testimoniar el amor de Dios y su poderosa acción.

Unos años después su hijo tuvo un accidente y ella fue capaz, en paz y con profunda fe -a pesar del profundo dolor-

de poner la vida de su hijo en manos de Dios mientras cogía las manos de su hijo en el hospital. Él murió. Ella fue capaz de decir con paz: "Alabado sea Dios, mi hijo se ha ido al Cielo". ¡Su historia es increíble! Actualmente ayuda en retiros de sanación y conduce grupos de oración. Su testimonio hace mucho bien en quienes lo escuchan.

*

Estos no son sino unos pocos ejemplos de los millones y millones que podríamos contar y relatar. Jesús sigue actuando. Su poder no ha disminuido. ¿Quieres tú también recibir su sanación? ¿Quieres ser iluminado, liberado, curado por su Amor?



Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

* www.consagrationalavirgen.com

* Canal de Youtube ADJEMA (*Ad Jesum per Mariam*)